

Imagen de la multitudinaria manifestación celebrada en Bilbao el 12 de julio de 1997 para exigir la liberación del joven concejal. IGNACIO PÉREZ

**N**unca había sucedido algo así. En dos días salieron a la calle cerca de seis millones de personas en 1.500 manifestaciones por todo el país. Lo hicieron por su cuenta, de forma desorganizada, en una época en la que aún no existía whatsapp ni redes sociales. Fue una marea humana que primero exigió a ETA la liberación de Miguel Ángel Blanco y después lloró su asesinato, que pasó de una vaga esperanza a una rotunda desesperación. Millones de ciudadanos alzaron sus manos y mostraron su nuca a los terroristas mientras gritaban 'ETA no, vascos sí'. Fueron dos días de una ebullición que se apagó tan rápidamente como había comenzado.

«Todo ocurrió en tiempo real. No dio tiempo a planificar nada, todos estaban dispuestos a acudir a donde fuera», recuerda Isabel Urquijo, una de las cabezas visibles de Gesto por la Paz, la coordinadora que desde hacía años se concentraba silenciosamente en numerosas localidades vascas para reclamar el fin del terrorismo. Fueron aquellas movilizaciones las que crearon el poso para que fuera posible una reac-

## La gota que desbordó el vaso

MOVILIZACIONES

**Reacción social. Una marea humana reclamó en la calle la libertad de Blanco. Su esperanza se transformó en indignación**

JAVIER GUILLENEA



ción como la que se produjo con el secuestro de Blanco. Porque aquellos «días de locura» no surgieron de la nada.

La socióloga María Jesús Funes, autora del libro 'La salida del silencio', en el que analiza la evolución de las movilizaciones por la paz en Euskadi, está convencida de que la explosión social por el secuestro de Blanco «no se habría producido si no se hubiera dado en los años anteriores en el País Vasco un proceso de sensibilización y de respuesta ante la violencia». «La propia sociedad vasca ya había generado unas redes de movilización que llegaron a impregnar la vida cotidiana de un porcentaje muy importante de las personas que vivían en Euskadi. Estos grupos estaban mandando el mensaje de que los vascos no querían el terrorismo, que eran otra cosa, y esto permitió una solidaridad a nivel estatal que no se había producido antes», explica.

Eran días de concentraciones de Gesto y contramanifestaciones del entorno radical, que veía cómo poco a poco iba perdiendo la calle y reaccionó de forma violenta para recuperar el terre-

no perdido. «Había insultos, apedreamientos y escupitajos a pacifistas», recuerda el historiador de la Universidad del País Vasco Fernando Molina, que participaba habitualmente en los actos de Gesto. A la tensión en las calles se le unió la fecha del secuestro del concejal de Ermua, nueve días después de la liberación de José Antonio Ortega Lara y Cosme Delclaux. «El vaso ya estaba lleno y lo de Blanco fue la gota que lo desbordó», afirma Funes.

### El mayor error

«Fue como si nos hubieran escupido a la cara», dice Urquijo. La noticia del secuestro fue acogida el 10 de julio con una gran manifestación en Ermua. Al día siguiente España amaneció cubierta con lazos azules y se multiplicaron las concentraciones. Muchas personas estaban convencidas de que las movilizaciones sociales llevarían a ETA a no cumplir su ultimátum y dejar en libertad a su víctima. Una de ellas fue la propia Urquijo. «Me pareció que todo Euskadi estaba pidiendo la libertad de Blanco y que ante eso ETA no podría matarlo, pero me equivoqué».



La exintegrante de Gesto quiere dejar claro que «el mayor error de ETA fue haber existido». A partir de ahí, sostiene que el secuestro y asesinato de Blanco «fue la más errónea decisión que podían haber tomado». Eligieron como víctima a un concejal desconocido y, además, el plazo que dieron, 48 horas, «se convirtió en una bomba de relojería contra la propia organización armada», según Funes. Fue un plazo ni muy corto ni muy largo, lo justo para que se movilizara una sociedad que estaba viendo por televisión lo que ocurría.

El 12 de julio, horas antes de que se cumpliera el plazo dado por los terroristas, las manifestaciones se sucedieron por las principales ciudades españolas. En Bilbao salieron a la calle centenares de miles de personas. Muchas de ellas no se habían movilizado nunca. Y muchos eran jóvenes. «Yo hablo de un fenómeno de catálisis, en el que la introducción de una nueva sustancia modifica la velocidad de la reacción química al actuar sobre los ingredientes ya existentes», sostiene Funes. El secuestro permitió que la reacción social se acelerara. Y el asesinato causó la explosión.

La noche del 12 de julio, cuando se supo que el cuerpo casi sin vida de Blanco había sido encontrado, se produjo la gran transformación. «Esos días el miedo cambió de bando. Por primera vez veíamos sintiendo miedo a los que salían en las contramanifestaciones insultándonos y amenazándonos y eso, en mis recuerdos, produce un cierto placer», reconoce Molina. «De repente a los de Jarrai los veías casi con polos de Lacoste. Les habías tenido años enfrente insultándote y ahora parecían colegiales de Jesuitas», añade Urquijo.

#### «Desde los balcones»

Los radicales comprobaron que no eran mayoría. La movilización les había sobrepasado. Que esto sucediera sin internet «fue increíble», admite el historiador. «Después de las concentraciones se convocaba una manifestación con gritos que se reproducían desde los balcones. Como todos éramos

**«Fueron manifestaciones improvisadas, era pura indignación, un sentimiento de hartazgo»**

vecinos, todos sabíamos dónde quedar. Yo me encontré con un montón de conocidos, con el de la tienda de ropa de enfrente, con el de la tienda de chuches... y eso te daba mucha fuerza porque te reconocías en los demás. Estabas con tu gente y luego también reconocías a los que nos habían estado fastidiando durante años. Fueron manifestaciones improvisadas, era pura indignación, un sentimiento de hartazgo».

Hubo episodios violentos, como el ataque a la herriko taberna de Ermua, pero fueron incidentes aislados. «Si hubiera sido algo organizado podría haber habido más violencia, pero no hubo nada», asegura Urquijo. Las movilizaciones no tenían líder, nadie las encabezaba. Era una masa que protestaba por el asesinato «del hijo de un albañil gallego». «Fue algo espontáneo —dice Molina—. No había un canal que estabilizara ese movimiento, de ahí que luego se desactivara rápidamente». El 14 de julio acudieron más de 600 personas a la concentración de Gesto en el Arenal de Bilbao. El 6 de septiembre, cuando ETA mató al policía Daniel Villar, fueron 80. La indignación había vuelto a su cauce.

### CRONOLOGÍA DEL CRIMEN

14 DE JULIO / 11:30

Amigos y familiares portan el féretro hasta la parroquia de Santiago Apóstol de Ermua, donde se celebra el funeral. El pueblo se vuelca con los padres y la hermana del edil, así como con su novia, Marimar, con quien Miguel Ángel tenía planes de boda tras siete años de noviazgo. A la despedida del edil acuden el entonces príncipe Felipe, así como los expresidentes Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo y Felipe González.



14 DE JULIO / 20:00

Se celebran manifestaciones en toda España para gritar «Basta ya» a ETA. En Madrid tiene lugar la concentración más multitudinaria hasta ese momento, con más de un millón y medio de personas. En las angustiosas 48 horas de plazo dadas por ETA se movilizan más de cinco millones de personas pidiendo la libertad de Blanco y se organizaron más de 1.500 actos en su apoyo, la mayoría improvisados. Ha nacido el 'espíritu de Ermua'.



Recuerdan los testigos de aquella época convulsa cómo, en unas de las últimas reuniones de la Mesa de Ajuria Enea, meses después del secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, Xabier Arzalluz dio por roto el pacto que había sustentado la unidad de los partidos democráticos vascos frente a ETA. El entonces líder del EBB aclaró a sus interlocutores, entre ellos Nicolás Redondo, que acababa de tomar las riendas del PSE, y el popular Carlos Iturza, que el PNV «se sentía libre» para tomar, a partir de entonces, el camino que creyese más adecuado. La advertencia fue premonitrice: la política vasca estaba a punto de adentrarse en unos años oscuros que acabarían provocando una fractura social entre dos bloques antagónicos —el nacionalismo y el constitucionalismo— de la que a Euskadi le costaría tiempo sobreponerse.

Pero, ¿qué sucedió entre el fatídico 10 de julio de 1997 y el 12 de septiembre del año siguiente, en el que PNV, EA, IU y HB estamparon su firma en el Pacto de Lizarrar? ¿Cómo se pasó de la firmeza frente al chantaje etarra a un acuerdo, en parte secreto entonces, que pretendía excluir a los no abertzales de la construcción del país? Aunque las explicaciones, un cuarto de siglo después, difieren en función de a quién se pregunte, hay pocas dudas de que la unidad política se resquebrajó porque las grietas ya estaban ahí antes de que el joven concejal de Ermua se convirtiera, involuntariamente, en mártir de la democracia. Su sacrificio y la conmoción social que provocó sólo congelaron momentáneamente la división que ya venía larvándose desde, como mínimo, dos años antes.

ELA y LAB ya forjaban entre bambalinas la llamada unidad de acción soberanista, una corriente de pensamiento en la que los sindicatos abertzales se situaron siempre a la vanguardia y que repudiaba la transversalidad al considerar que ejercía de freno al ejer-

## Una frágil unidad política que dio paso a la fractura

CONSENSOS ROTOS

Quiebra. El clima de firmeza contra ETA se evaporó por el vértigo del PNV a perder pie: un año después llegó Lizarrar

OLATZ BARRIUSO



cicio del derecho de autodeterminación. Las fuerzas nacionalistas no le eran ajenas: el PNV y Eusko Alkartasuna aprovecharon la conferencia de paz organizada por Elkarri, capitaneada entonces por Jonan Fernández, en el hotel Carlton de Bilbao para exteriorizar las diferencias de criterio que empezaban a convertir en papel mojado el Pacto de Ajuria Enea. Corría el mes de marzo de 1995. Los dos partidos abertzales habían dado ya un paso de difícil vuelta atrás al asumir el cariz «político» del «conflicto».

Es decir, se había interiorizado, en cierta manera, que la paz tenía un precio, aunque nadie pensara en pagarlo cuando ETA secuestró a Blanco. De la investigación policial y judicial posterior se desprende que el propio 'Txapote', asesino del edil de Ermua, ante las dudas de la organización terrorista sobre el posible efecto bumerán del secuestro y asesinato para sus intereses, aconsejó «esperar un año». Efectivamente, los cimientos de la terrible fractura social que vivió Euskadi a fi-

nales de los noventa y primeros 2000 se habían colocado y la cruel agonía de Blanco solo los escondió de manera transitoria. La gigantesca movilización social tapó durante algunos meses todo lo demás. Al lehendakari Ardanza fueron a aplaudirle al vitoriano paseo de La Senda. Era tiempo de manos blancas, de dignidad.

Pero algo empezaba a moverse tras las fotografías de unidad. Ardanza elaboró su propuesta para intentar salvar Ajuria Enea, un conato de final dialogado de la violencia que solo incluiría a Herri Batasuna si mediaba una tregua indefinida de ETA. Lo que se conocería después como 'plan Ardanza' fue en realidad una excusa para romper lo que ya estaba roto. Antes de que Arzalluz le hiciera saber a Redondo que el PNV

En octubre de 1997, ELA proclamó en un acto de gran simbolismo en Gernika la «defunción» del Estatuto

se daba por liberado de las obligaciones del pacto, ya le había afeado al PP ante el anterior líder del PSE, Ramón Jáuregui, la utilización que estaban haciendo, a su juicio, del estallido social tras el asesinato. Los ciudadanos frente a las sedes de HB, los euzkainas quitándose el verduguillo en las calles de Euskadi, la periodista Victoria Prego entonando el «a por ellos, porque somos más y mejores» en la multitudinaria manifestación de Madrid... Empezaron a cundir los nervios en Sabin Etxea, que temía perder pie y que la onda sísmica se lo llevara por delante.

Abucheos en Las Ventas

«De la noche a la mañana», recuerdan los protagonistas, el paisaje empezó a cambiar. El concierto que se organizó en septiembre en la plaza de Las Ventas en homenaje a Miguel Ángel, con el actor José Sacristán afeando a parte del público que abuchease a Raimon por cantar en catalán, contribuyó a enrarecer un poco más el ambiente. En octubre, ELA proclamó en un acto de enorme simbolismo en Gernika la «defunción» del Estatuto. Los coletazos del 'espíritu de Ermua' que había unido a los partidos vascos empezaron, paradójicamente, a desunirlos.

En marzo de 1998 la Mesa de Ajuria Enea se reunió por última vez antes de disolverse. En junio, el PSE abandonó la coalición de gobierno con los nacionalistas. En julio, dirigentes peneuvistas y de EA se reunieron en secreto con ETA y estamparon el sello de sus respectivas organizaciones en un acuerdo que preveía una institución común para Euskadi, Navarra e Iparralde (Udalbiltza) y no pactar con las fuerzas que buscasen «la destrucción de Euskal Herria». En septiembre se firmó oficialmente el acuerdo de Lizarrar. Euskadi se había partido en dos y la ruptura de la tregua en enero de 2000 solo iba a ahondar más un abismo que no empezaría a cerrarse, ya sin ETA, hasta lustros después.



El lehendakari, José Antonio Ardanza

## Aquellos fatídicos días de julio

TONIA ETXARRI



Hace 25 años, aquellos dos días de julio han permanecido grabados a fuego en nuestra memoria. El impacto que nos produjo el cruel asesinato del joven concejal popular de Ermua Miguel Ángel Blanco tuvo doble carga porque se trató de la pasión y muerte retransmitida de un inocente, como lo describió el jesuita Alfredo Tamayo. Con esa macabra cuenta atrás mar-

cada por el reloj de ETA. Fue su respuesta a la liberación del funcionario Ortega Lara a quien las Fuerzas de Seguridad del Estado habían localizado en un zulo donde permanecía aislado desde hacía 532 días, condenado a morir por inanición. ETA buscaba venganza. Pero con la captura y el asesinato a sangre fría de Miguel Ángel, no calculó que la mayoría silenciosa, esta vez, saldría a las ca-

llas para participar en una catarsis colectiva. Antes de Miguel Ángel Blanco, ya había asesinado a 786 inocentes; después fulminó a otros 67. Pero aquel crimen provocó una movilización social sin precedentes. Se lloró en las calles y se lloró en las casas de quienes tuvieron que decidir, por voluntad ajena, marcharse de Euskadi.

Quienes ahora recriminan al PP haber cedido ante ETA cuando exigían el reagrupamiento de sus presos, suelen obviar el episodio más duro que sufrió la familia popular con Miguel Ángel Blanco. No cedieron al chantaje de quienes quisieron cambiar la vida del edil por el acercamiento de

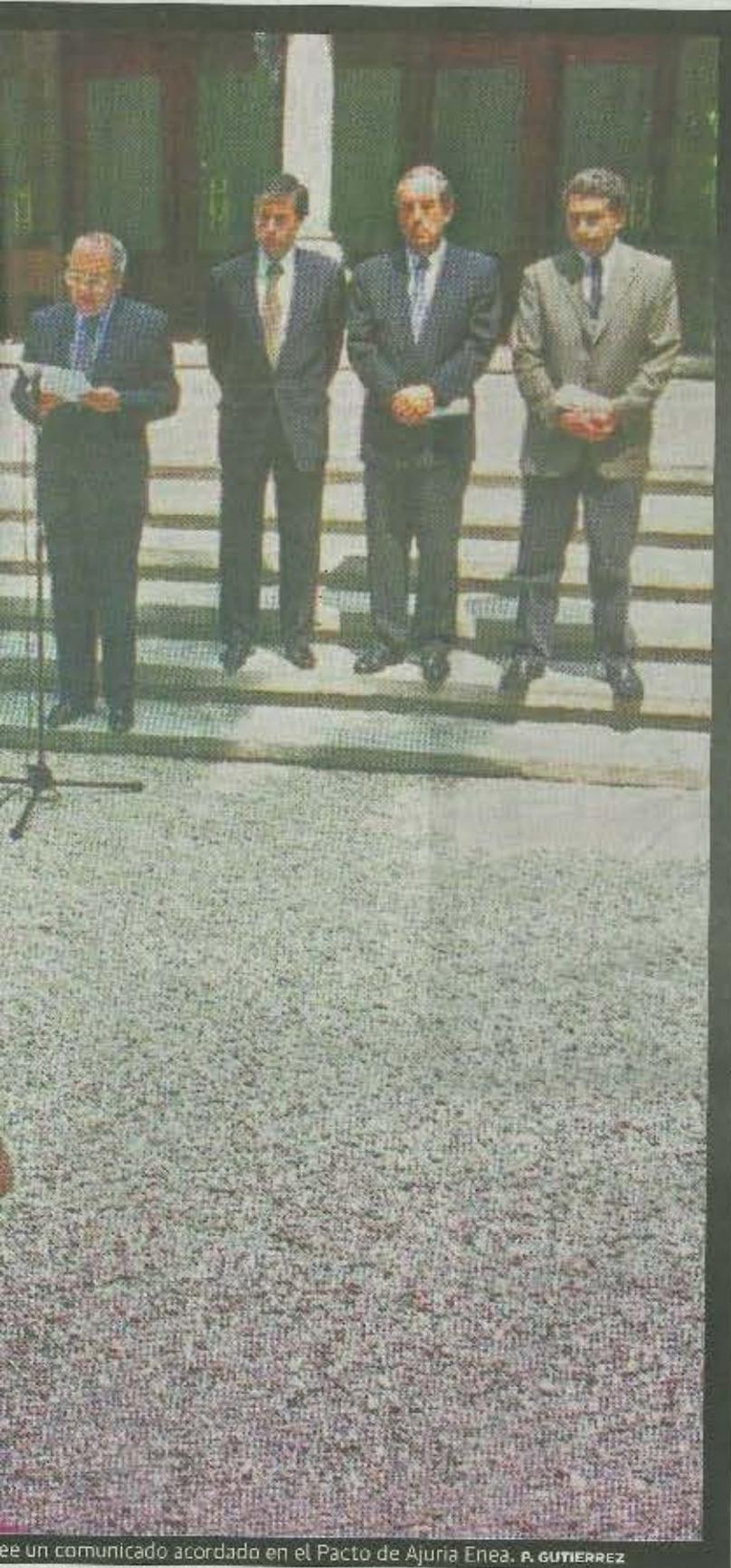
los presos. Soportaron presiones al límite. Y pagaron un alto precio porque la banda cumplió con sus amenazas.

Se habló, entonces, de aislar políticamente al entorno de ETA, es decir, a Herri Batasuna. Por primera vez los cómplices de ETA sintieron miedo de la gente. Y Batasuna respondió desafiante acusando a los partidos democráticos de manipular los sentimientos de los ciudadanos. De aquella catarsis colectiva cristalizó «el espíritu de Ermua».

Pero esa unidad duró poco. Se había producido una movilización de tal dimensión que el nacionalismo temió no controlarla y que se desatara una «marea española». Al cabo

de un año, abandonó la unidad democrática para firmar el Pacto de Lizarrar con los socios de ETA. Cambiaron el aislamiento de Herri Batasuna por el del PP y PSE.

Veinticinco años después, Marimar, la hermana de Miguel Ángel, sigue exigiendo justicia y reparación. Con más de 350 asesinatos sin esclarecer. Los terroristas sin arrepentirse de sus crímenes y sus socios políticos, desde las instituciones, dándonos clase de democracia. No se trata de poner trabas a la convivencia con la memoria de aquellos hechos traumáticos. Se trata de sentar sus bases sólidas para que el horror no vuelva a repetirse. Y, para ello, es imprescindible recordar.



Se lee un comunicado acordado en el Pacto de Ajoura Enea. A. GUTIERREZ

# El silencio cómplice y las primeras grietas

IZQUIERDA ABERTZALE

**Estrategia. Herri Batasuna optó por cerrar filas para evitar que las voces críticas que surgieron fuesen a más**

DAVID GUADILLA

**E**l secuestro y posterior asesinato de Miguel Ángel Blanco generó una mayoritaria ola de dolor en la sociedad vasca. Y esa indignación golpeó con fuerza a quienes habían deseado el llamamiento para que ETA no acabase con la vida del concejal del PP en Ermua. La Ertzaintza tuvo que proteger las sedes de HB de la ira popular. Por primera vez, la izquierda abertzale se vio acorralada y algunas voces internas empezaron a cuestionar una estrategia de violencia que, sin embargo, aún tardó otros quince años en desaparecer. «Digamos que aquello no fue como la caída del Muro de Berlín, que de repente se derrumbó y nadie se lo esperaba. Pero, evidentemente, todo lo que sucedió aquellos días abrió un debate muy intenso». A corto plazo nada cambió, pero algo se movió.

Las palabras de un veterano miembro de Herri Batasuna resumen el efecto que tuvo en toda la izquierda abertzale la ejecución de Blanco. Aquel asesinato no fue un hecho aislado. Llegó en un contexto muy determinado y dentro de una estrategia. Según un ex militante de HB que para aquel en-

tonces ya se había distanciado de las directrices oficiales, «es lamentable decirlo, pero sorprendió más la reacción ciudadana que la acción en sí».

Sólo dos años antes se había aprobado la ponencia 'Oldaritzen' que apostaba por extender el «sufrimiento». Su debate arrancó a finales de 1994 y en enero de 1995 ETA ya había asesinado a Gregorio Ordóñez. A partir de ese momento la banda dejó claro que los concejales, cargos públicos e incluso exdirigentes del PP y PSOE eran su objetivo. En sólo dos años intentó matar a José María Aznar y acabó con la vida de Fernando Múgica. También asesinó a empresarios, a Francisco Tomás y Valiente, a un vendedor de bicicletas, al psicólogo de Martutene, secuestró a José María Aldaya, a José Antonio Ortega Lara, extendió la kale borroka... Se trataba de aplicar el terror para doblegar al Gobierno. La respuesta del Estado fue contundente. El Tribunal Supremo procesó a 23 miembros de la mesa nacional de HB por haber cedido a ETA el espacio electoral para emitir su 'alternativa democrática'. «El objetivo de la izquierda abertzale era aumentar la ten-

sión al máximo», apunta un ex cargo público que vivió en primera línea aquellos momentos. En este clima, ETA secuestra a Miguel Ángel Blanco.

Durante las 48 horas que duró el secuestro, HB mantuvo silencio. Frente a las llamadas de la mayoría de la sociedad vasca pidiendo clemencia para el edil del PP, el núcleo duro de la izquierda abertzale permaneció callado. Hubo excepciones. Algunos presos de la banda y concejales aislados solicitaron su liberación. También lo hizo Patxi Zabaleta, parlamentario de HB. Pero fueron versos sueltos. La izquierda abertzale cerró filas. La respuesta de la mesa nacional llegó tras la ejecución de Blanco con una nota de prensa en la que denunciaba el «linchamiento social» que sufría.

**«Mantener prietas las filas»**

Antiguos miembros de HB sostienen que hubo intentos por evitar el crimen, que se hicieron llamadas... Pero públicamente no hubo ningún gesto. Todo lo contrario. La estrategia fue «la de mantener prietas las filas». Pero aunque en ese momento no pareció moverse nada, empezaron a surgir grietas internas. Meses después, históricos miembros de ETA como José Luis Álvarez Santacristina 'Ixelisi', Kepa Pikabea y Joseba Urrosolo Sistiaga firmaban un documento en el que abogaban por el fin del terrorismo. Todos fueron expulsados de la organización.

Pero a corto plazo nada cambió. Menos de dos meses después, ETA asesinaba a un policía nacional, en octubre a un ertzaina y en diciembre mataba a José Luis Caso, edil del PP en Rentería. En septiembre de 1998 se firmaba el Pacto de Lizarrta, llegaba la tregua y se abría la esperanza. Pero una vez más se truncó. El 18 de octubre de 2000, la Guardia Civil detenía a Ibon Muñoa, concejal de HB en Ermua cuando Blanco fue ejecutado. Nunca pidió su liberación. En realidad, estaba alojando en su casa a los miembros de ETA que mataron al concejal del PP, su compañero en el Ayuntamiento.

## Espíritu efímero y trascendental

ANTONIO RIVERA



**E**l titular es contradictorio, un oxímoron. Y, sin embargo, la historia se produce así a veces. Después de Ermua nada fue igual. Berazadi, Ryan, Yoyes, Ordóñez, Tomás y Valiente, Iglesias Zamora, Delclaux, Revilla, Aldaya, Ortega Lara y, hasta ese momento, Miguel Ángel Blanco. La lista de víctimas del terrorismo es el nombre de las estaciones que cada quien eligió por su impacto

para decir: ¡Basta ya! La del 10 al 13 de julio de 1997 fue una Estación Términi en la que coincidieron muchos ciudadanos, el número mayor de ellos hasta entonces.

Nada fue igual luego. Y, sin embargo, menos de un año después ETA ponía sobre la mesa una propuesta que los dos partidos que sostenían el Gobierno vasco, PNV y EA, firmaron con adenda al dorso (a mitad de ca-

mino entre la 'excusatio non petita' y algún escrúpulo de conciencia). Pasado el verano vendría el Pacto de Estella, que dio lugar a la más profunda escisión social que ha conocido el país, el momento en que más cerca estuvimos del sueño de los terroristas y sus partidarios: una Euskadi con dos bandos enfrentados por la patria, no por la conciencia cívica.

Todo el desgarró de aquel mediodía soleado discurriendo masivamente por Bilbao pidiendo la libertad de Miguel Ángel o las sentidas declaraciones del lehendakari Ardanza afirmando que le separaban de los patriotas asesinos tanto los medios como el fin sucedían mientras por debajo prosperaba la llama-

da 'vía Ollora'. Ibarretxe, después, más inconsciente que cínico, hubiera respondido con un «¡Qué tendrá que ver!». Suena brutal, pero así se produce la historia. En el canto del cisne criminal, aquellos tres o cuatro primeros años de nuestro siglo, entre las estaciones Buesa y Joseba Pagaza, Eguiguren también se veía con Otegi. Y, posiblemente, haya sido bueno mantener la línea caliente en los más oscuros instantes.

Pero la impresión no deja de ser penosa. Si no sobrevuelas como comentarista, si te sigues viendo como ciudadano indignado y doliente en 1997, en 2000 o en 2003, te da la impresión de que te engañaron, de que pensabas estar protagoni-

zando una historia que, en realidad, era otra; o que formaba parte de otra, y luego lo has sabido.

Al final, el juicio sobre tamaño mezcla depende de cómo consideres y te ubiques en el final. Si crees que mejor haber acabado, das resignadamente por buena la doblez; si te detienes en cada una de las situaciones, te has quedado para siempre en el apocalipsis y la rueda del tiempo te habrá pasado para estas horas por encima. La historia real es así de canalla. Juegan a la vez lo que parece y su contrario. Y no es del todo malo que sea así. Ni tampoco fue inútil lo que hicimos o intentamos, sobre todo porque al final lo logramos. O, al menos, así lo pienso.



El doctor Patxi González Urra, frente a las urgencias del Hospital Donostia. JOSÉ IGNACIO UNANUE

## «Se intentó todo para salvarle pero fue imposible, el destrozo era total»

PATXI GARCÍA URRRA. MÉDICO

**Urgencias. El jefe de Intensivos del Hospital Donostia relata el ingreso del edil del PP con un hilo de vida tras recibir dos disparos en la cabeza. No pudieron hacer nada. Él tuvo que dar la noticia a la familia**

El doctor Patxi González Urra se encontraba de guardia aquel fatídico día en el Hospital Donostia. Formó parte del equipo médico que atendió a Miguel Ángel Blanco y fue él quien dio la noticia de la muerte a la familia del concejal. El equipo estaba más que curtido en atender a heridos en atentados, pero aquel caso era diferente. Ese sábado se cumplía el plazo dado por ETA y la tensión era máxima. Cuando Miguel Ángel llegó al hospital los médicos pusieron todo su empeño por devolver la esperanza a su familia y a las decenas de miles de personas que se habían manifestado pidiendo su liberación, pero fue imposible.

— ¿Cómo inició usted aquel fatídico día?

— En previsión de lo que pudiera pasar teníamos una habitación reservada para Miguel Ángel Blanco. La tensión era máxima porque el seguimiento mediático fue muy intenso y la sociedad estaba volcada. No era un día normal.

— ¿Esperaba el fatal desenlace?

— Hubo peticiones internacionales, incluidas las del Papa, para que lo liberaran, de ahí que yo pensaba que quizá esta vez no se produciría una tragedia. Pero también sabía que ETA llevaba sus amenazas hasta el final. A las cuatro de la tarde terminaba el plazo. A los pocos minutos de pasada esa hora me llamó un compa-

ñero y me anunció que había aparecido vivo, que estaba bien. Nos llevamos una inmensa alegría, pensábamos que le habían liberado. Sin embargo, no transcurrieron ni cinco minutos cuando me llamaron otra vez para decirme que presentaba heridas de bala, que venía intubado y en coma profundo. Probablemente, interpretamos mal la primera llamada.

**«Cuando llegó vimos que estábamos ante una muerte clínica, pero había algo de actividad cerebral»**

— ¿Qué hicieron cuando Miguel Ángel llegó al hospital?

— Le hicimos las exploraciones pertinentes y el equipo médico coincidió en que estábamos ante una muerte clínica, aunque quedaba algo de actividad cerebral.

— El destrozo fue total...

— Sí, fueron dos balas. Una quedó alojada en la región posterior de la nuca. La otra entró por el mastoideo derecho y paró en el frontal izquierdo. Esta última atravesó todo el cerebro. La onda de la lesión no es lineal, es decir, la bala no realiza un recorrido uniforme y con el mismo diámetro. El efecto es como el de un embudo, con un orificio inicial pequeño que se va agrandando.

— Mortal de necesidad.

— Sí. Además, cuando el cerebro recibe el impacto se hincha y, como está metido en una caja cerrada, acto seguido se aprieta sobre sí mismo. Si algo quedaba vivo lo mata por completo. Aún así le aplicamos un 'doppler', cuya función es registrar los patrones del cerebro. El resultado fue de muerte cerebral, pero le seguimos tratando como si hubiera alguna posibilidad de salvarlo. Quedaba algo de actividad y era un chico joven. Además, en medicina dos más dos no siempre son cuatro.

— ¿Estuvo usted con la familia del concejal?

— Sí. Me llamaron de dirección y me dijeron que la madre se encontraba allí y que sufría un ataque de ansiedad muy fuerte. Me pidieron que fuera y lo hice. Cuando llegué me gritó: «¡Mi hijo! ¡Mi hijo!». Como yo ya tenía experiencia en otros casos de atentados y accidentes, le pregunté: «¿Quieres verle?». Sabía que le iba a tranquilizar. Y así fue, se calmó, porque sé que una madre quiere ver a su hijo y tocarlo, y más en su caso después de la angustia pasada durante tres días. El padre estaba más ausente.

— (...)

— La cogí del brazo y bajamos a la UVI. Para que no se asustara le avisé de que estaba conectado a un montón de aparatos. Entró le tocó y le dijo «Miguel Ángel» «Miguel Ángel»... Le expliqué que la situación era muy difícil, pero que íbamos a intentar todo lo que estaba en nuestras manos. Miguel Ángel no tenía signos de sufrimiento y su madre se tranquilizó. El rostro se mostraba relajado y sin heridas, porque las balas estaban dentro y no habían provocado destrozos externos.

— ¿Cuándo confirmaron definitivamente la muerte?

— Por la noche, de madrugada... No recuerdo la hora. Decidimos realizar un nuevo electroencefalograma. Nos confirmó que no había actividad cerebral. Por tanto, clínicamente estaba muerto. Informé a la familia. Se hundieron.

— ¿Qué sintió usted cuando acabó todo?

— Nos habíamos acostumbrado a los atentados. Nuestro equipo estaba considerado como uno de los más expertos del mundo en heridas por armas de fuego, pero este fue un caso especial por la repercusión mediática y porque fue la crónica de una muerte anunciada, con lo que conllevó de tensión acumulada.

— ¿Alguna lección?

— Los atentados solo generaron sufrimiento. ¿Qué mal había hecho aquel chico? Ahora bien, fue un punto de inflexión. La sociedad de forma mayoritaria sintió repulsión hacia ETA.

FERNANDO SEGURA



# «ETA tuvo la indecencia de llamar a casa de los Blanco para justificar el asesinato»

ALBERTO MARTÍN. ERTZAINA

**24 horas. Seis agentes de la comisaría de Eibar les protegieron y acompañaron en casa y fueron con ellos a las manifestaciones, al hospital y al sepelio**

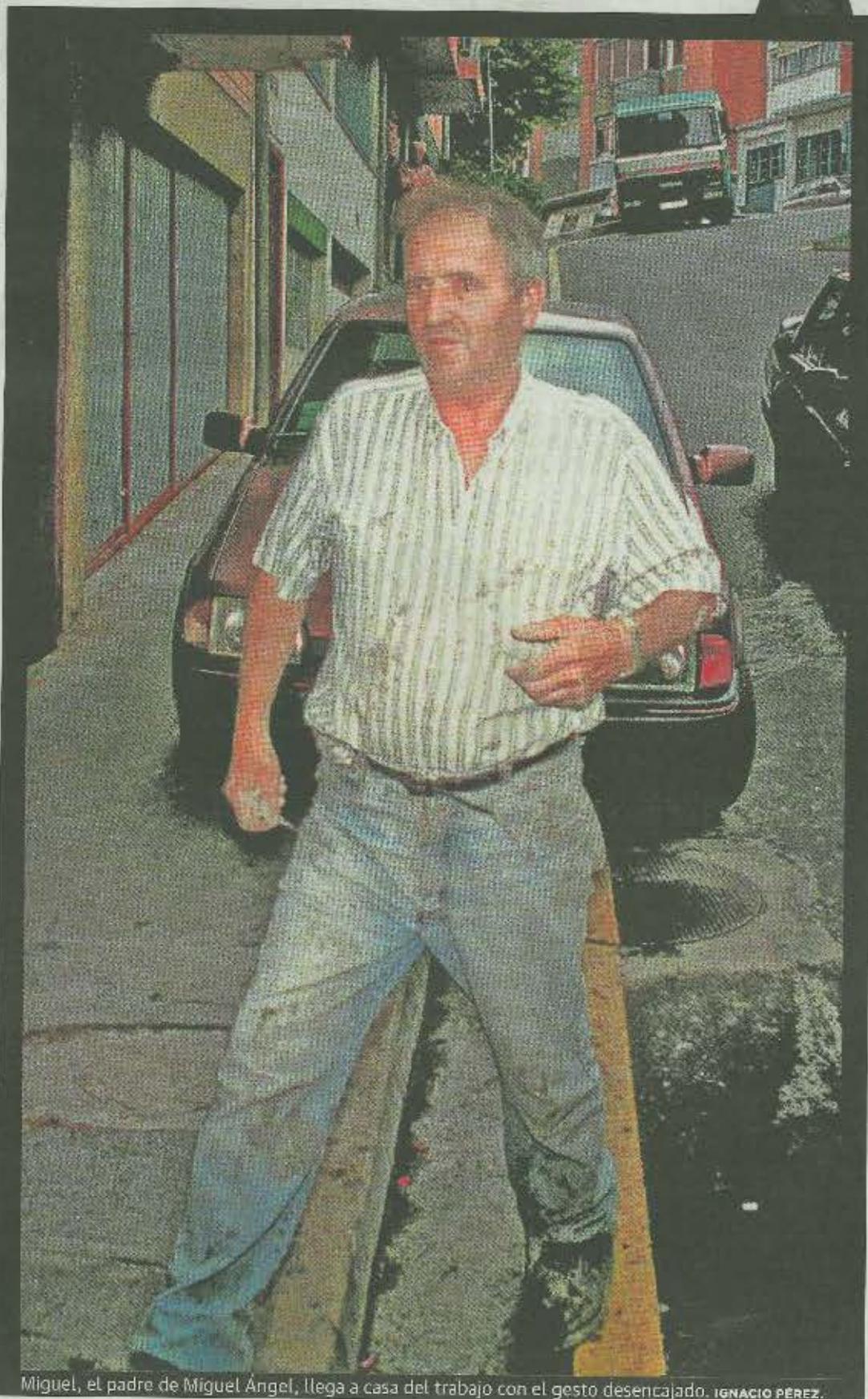
JESÚS J. HERNÁNDEZ



En la comisaría de la Ertzaintza en Eibar estaban acostumbrados a los secuestros. El 29 de octubre de 1993, tras 116 días de cautiverio, Julio Iglesias Zamora fue liberado por ETA en el alto de Arrate, entre Eibar y Elgoibar. Cerca de allí, en el alto de Azkarate, recuperó la libertad el 14 de abril de 1996 José María Aldaya tras el secuestro más largo perpetrado por la banda hasta entonces: 341 días. Los dos caían en la demarcación que cubre la comisaría de Eibar y queda a pocos kilómetros de Elorrio, donde ETA soltó a Cosme Delclaux el 1 de julio de 1997, y de Arrasate, donde la Guardia Civil liberó a Ortega Lara pocas horas después. «Sabíamos de secuestros pero nunca habíamos tenido una fecha de ejecución sobre la mesa. Nadie estaba preparado para un secuestro así y con tan poco margen de maniobra», reconoce Alberto Martín. Es uno de los seis ertzainas que conformó el grupo que se creó de inmediato para proteger y acompañar a la familia de Miguel Ángel Blanco. Todos solían trabajar de paisano.

«Estuvimos durante las 24 horas con ellos, desde el momento en que se produce el secuestro hasta un par de semanas después», recuerda Martín. El equipo de agentes de la Ertzaintza seguía en casa de los Blanco cuando, unos diez días después, se recibió una infame llamada. «Lo sabe muy poca gente pero ETA cometió la indecencia de llamar a la casa de la familia para justificar el crimen de Miguel Ángel. Tuvieron la desgraciada idea de justificar la muerte con acusaciones sobre la política del PP y la situación penitenciaria». «Esa llamada está grabada. Estará en poder de Interior», añade.

«Trabajábamos dos o tres, por turnos. Hacíamos guardia en su casa y les acompañábamos a todas las salidas. Mañana, tarde y noche. Estuvimos en las manifestaciones para pedir la liberación, escribieron los comunicados con nosotros y luego nos tocó acompañarles a la cuarta planta del hospital Aranzazu, que estaba reservada para la familia y las instituciones. Estábamos con Chelo y Miguel y con algún cargo del PP cuando les comunican que el segundo encefalograma ha salido plano —era la comprobación, unas horas después de la primera prueba—, lo que suponía que pasaba de muerte cerebral a muerte real. Esos instantes, lo que vi allí en el hospital, los guardaré siempre en mi memoria. Me los quedo para mí. Tengo que decir que la familia Blanco Garrido ha sido siempre ejemplar, cariñosa y exquisita en el trato con todos los que participamos en la búsqueda de su hijo».



Miguel, el padre de Miguel Ángel, llega a casa del trabajo con el gesto desencajado. IGNACIO PÉREZ.

A Alberto Martín le tocó realizar parte de las numerosas llamadas que se sucedieron a continuación. «Me tocó comunicárselo al magistrado de la Audiencia Nacional. No había móviles en aquel tiempo, ni siquiera en la Ertzaintza. Tuvimos que comprar pinganillos porque en aquella época no teníamos». Guarda en un cajón recuerdos de aquellos días, como unas gafas doradas de la marca Ray-Ban que vestían todos los agentes cuando salían a la calle con la familia Blanco. «Nos habíamos quitado el verdugillo y las gafas eran útiles», admite.

## Estrés sostenido

Eran seis los ertzainas que protegieron a la familia Blanco. «Uno de los compañeros se suicidó hace dos años de un tiro en la cabeza. Era un buen amigo, muy querido, un tío sano», rememora. Era el ertzaina que ayudó a entrar en casa al padre de Miguel Ángel cuando llegó aquel día del trabajo, con la ropa de faena y el gesto desencajado ante la certeza de que aquel tumulto en el portal era por su hijo mayor. Una imagen que conmocionó España.

Al igual que su compañero, Alberto Martín también intentó quitarse la vida. «Había acabado en una silla de ruedas por una lesión medular derivada de los problemas de nervios, como muchos compañeros que estuvimos en el País Vasco. Y busqué una solución definitiva a un problema temporal. Intenté acabar con mi vida», confiesa. Cambió de vida y se mudó a Sevilla. «Fui saliendo con el apoyo de mi madre y creé la Asociación Andaluza Preventiva del Suicidio Policial». En la ciudad hispalense, donde él logró volver a caminar, atienden a compañeros de todos los cuerpos en unas instalaciones cedidas por el sindicato Jupol.

Lo que les pasó factura a estos agentes no fue sólo Blanco, naturalmente. «La losa son todos estos años», resume. El estrés de la amenaza terrorista, sostenido durante años, dejó huellas en muchos agentes que trabajaron en Euskadi. Alberto Martín fue el policía más joven que aprobó la oposición para convertirse en ertzaina, recién cumplidos los 18. «Con 24 salí en la primera lista de ETA. He aparecido en tres». Tuvo que irse a vivir a Cantabria. «Los amigos se tomaron como algo normal que un chaval de esa edad se tuviera que marchar», recuerda. Cosas impensables. Él añade una más. «Nunca ha aparecido el arma del crimen de Blanco, un calibre 22 muy infrecuente, uno de los más pequeños. Estoy seguro de que alguien guarda ese arma como un trofeo».

# Yo nací aquel año en que todo cambió



Beatriz Araujo Bilbao

## «El asesinato de Blanco fue la gota que colmó el vaso»

A Beatriz (nacida el 23 de abril de 1997) le bautizaron el día en que encontraron el cuerpo tiroteado de Miguel Ángel Blanco. «Gracias a Dios no viví esa época», musita. Pero confiesa que es

«una persona muy curiosa». Por eso investigó por su cuenta, aunque en su casa «ha sido un tema muy relevante». «Fue un asesinato contra el que se rebeló la sociedad, la gota que colmó el vaso». Lamenta que haya jóvenes que no sepan o no quieran saber lo que pasó en Euskadi durante la época terrorista. «Es pura ignorancia», censura.



Gaizka Ormaetxea Bilbao

## «El paso del tiempo no es excusa para el perdón ni el olvido»

«ETA ha sido una parte crítica de la historia vasca y si te implicas en la vida política y social te topas con el nombre de Miguel Ángel Blanco», expone Gaizka (27 de octubre). «Es crucial saber

quién fue». Aún queda «camino por recorrer por parte de algunos sectores que no condenan la violencia, aunque ya no la justifiquen», pero es optimista. «Se dan los pasos para que todos los vascos interioricemos lo que supuso el terrorismo, que no olvidarlo, porque el paso del tiempo no es excusa para el perdón y el olvido».



Beatriz Berlanga Ortuella

## «Piensas en la valentía que tenía aquella gente»

Cuando Beatriz (29 de marzo) rememora las imágenes de las manifestaciones tras el asesinato de Blanco se le ponen «los pelos de punta». «Piensas en la valentía que tenían muchas per-

sonas amenazadas, que salían cada mañana y no sabían si iba a ser su último día...». Cree que hoy se puede hablar «tranquilamente» del terrorismo gracias a los avances «en reparación y memoria, charlas, encuentros restaurativos...». Y cita la proliferación de películas y series sobre ETA. «Son indicativo de que la sociedad es más libre».



Aner Garcia Barakaldo

## «Una opinión no te puede costar la vida»

«Durante mucho tiempo la sociedad vasca estuvo gobernada por el miedo, pero a partir del asesinato de Blanco la gente dijo 'basta ya', expone Aner (18 de abril). «A veces uno calla y parece que está de acuerdo, pero ahí la gente

se significó, jugándose el tipo. ¿Por qué Miguel Ángel? ¿Qué hizo tan terrible? Una opinión no te puede costar la vida», lamenta. Sostiene que hay que recordar porque «es bueno». «Decía Cernuda 'recuérdalo y recuérdalo a otros'. Hay que hablar del pasado y entenderlo para tener una memoria democrática como sociedad y mostrar el camino equivocado», zanja.



Yaiza Rodríguez Ermua

## «Cuando toca en tu pueblo te lo tomas como algo personal»

Estos días, Ermua es un hormiguero. El asesinato de Blanco supuso un duro golpe para el pueblo. «Es duro, pero como la gente estaba acostumbrada a los atentados y escuchaba que habían matado a alguien en otro

municipio pues bueno... Pero cuando pasa en tu pueblo, te lo tomas de forma distinta, casi de forma personal. Y te preguntas por qué fue Miguel Ángel y no nosotros, mi familia...». Yaiza (6 de mayo) reconoce que «nunca» ha hablado con gente de su edad «quién era o qué le pasó». «No sé si fue tabú, puede ser cuestión de la gente con la que me he rodeado».



Joan Olaizola San Sebastián

## «Fue un crimen terrible; ETA no tenía escrúpulos»

Joan Olaizola (11 de diciembre) reconoce que el asesinato de Miguel Ángel Blanco fue «un punto de inflexión». Por eso muestra «su sorpresa» al constatar que personas de su edad «no sepan sobre ETA» porque,

asegura tajante, «forma parte de la historia de nuestro país». ¿Y cómo hubiera reaccionado él ante aquel trágico julio de 1997 en el que todo cambió? «Aun siendo un crimen terrible, creo que no me hubiese sorprendido tanto... Todo el mundo sabía de lo que eran capaces los terroristas de ETA y que no tenía ningún tipo de escrúpulos», lamenta.

IÑIGO FERNÁNDEZ  
DE LUCIO  
Y AINHOA MUÑOZ



## Memoria. Uno de los grandes dramas es que la mitad de los universitarios vascos no sabe quién fue Miguel Ángel Blanco. Ellos sí y explican por qué es importante saberlo



Iván Palomino Llodio

### «Muchos de mis amigos no saben quién fue»

«Hay gente de mi edad que no conoce quién fue Miguel Ángel. Amigos míos lo desconocen. Muchos están desconectados de la política –aunque esto trasciende la política– y tampoco les

interesa el tema... Yo mismo hasta que investigué un poco tampoco sabía», reflexiona Iván (17 de abril). Critica que en el colegio no haya «ninguna materia en la que se explique lo que ocurrió». «Da la sensación de que no interesa que se recuerde», critica, «cuando es necesario conocer. Se puede aprender mucho de la figura de Blanco».



Paula Fonturbel Ermua

### «Mi madre se manifestó estando embarazada de mí»

«Siempre digo que a Ermua se la conoce por lo malo», comenta, resignada, Paula (3 de agosto). Conoció la figura de Miguel Ángel a medida que crecía. En casa le hablaron de él. «Mi ma-

dre fue a manifestarse a la plaza estando embarazada». Explica que en el pueblo se nota que es el 25 aniversario, «la gente lo comenta». Participó en el programa educativo 'Herenegun'. «Fue una buena experiencia, interesante. Vinieron a hablarnos familiares de víctimas de ETA y de los terroristas. Ves cómo se sienten ambos».



Imanol Manzano Santurtzi

### «Sería importante contar la historia de ETA sin relativizar»

«El tema del terrorismo no está tan desarrollado para que los jóvenes seamos conscientes de lo que fue esa época», reflexiona Imanol (22 de mayo). «Nuestros padres lo vieron de forma más di-

recta. Hay cosas que si no fuera porque preguntó...». «Sería importante que se nos cuente la historia de ETA sin relativizar, desde una visión democrática y de los derechos humanos». En el caso de Blanco, «no es lo mismo que te digan que pasó en el 97 y ya está a que te expliquen lo que implicó, la reacción popular, el porqué...».

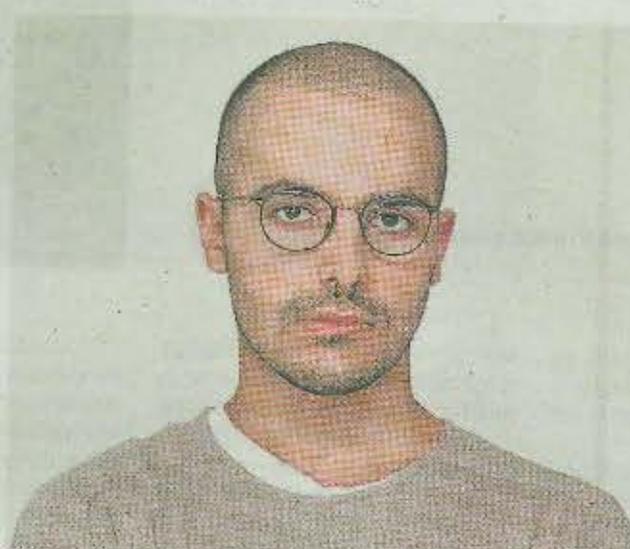


Sandra Enjuto San Sebastián

### «¿Cómo la gente podía vivir así, con tanto miedo?»

Su madre estaba a punto de dar a luz cuando Euskadi se revolvió contra ETA y clamó la liberación de Miguel Ángel. 48 horas agónicas que Sandra Enjuto (20 de julio), donostiarra licenciada en Medicina, co-

noce por boca de sus padres y por un interés propio que le llevó a ver un documental que recoge aquel terrible crimen en Ermua. «Mucha gente salió a la calle a protestar y mi madre, con su barrigón, se puso atrás para que no le empujaran. Me han contado que fue un antes y un después. ¿Cómo se podía vivir así, con miedo?», se pregunta.



Mikel Amundarain Hernani

### «Sé más cosas de la Guerra Fría que de la historia de ETA»

Mikel Amundarain (26 de julio) se dedica al mundo de la música, la misma pasión que llenaba los ratos libres del joven concejal. Y, desde siempre, este hernaniarra ha escuchado la misma anécdota, aque-

lla que revela el escaso conocimiento que la generación posterior a Miguel Ángel Blanco tiene sobre aquella ejecución anunciada. «Nací en julio, y siempre se me ha repetido que mi madre rompió aguas en el mes del Jazzaldí, pero sobre el asesinato no...». «En comparación con la historia de ETA –reflexiona–, sé más cosas de la Guerra Fría».



Laura Gómez San Sebastián

### «Es necesario que estas historias estén en los colegios»

«Me parece una auténtica falta de respeto. ¿Le asesinan y encima hacen eso?». Esta es la reacción de Laura Gómez (24 de septiembre) cuando tiene conocimiento de que Miguel Ángel Blanco descansa

en Galicia después de que su tumba sufriera en Ermua continuos sabotajes. Esta joven donostiarra asume desde su profesión –es docente– la necesidad de que las historias de terror que provocó ETA lleguen a los colegios. «Hay que hacer hincapié en lo que sucedió y recordar el daño que se causó para que no vuelva a ocurrir», defiende.



Imagen del portal de la casa donde vivía la familia de Miguel Ángel Blanco.

# Aquí lo mataron, aquí

AYER Y HOY

**Recorrido. El secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco fue un drama desencadenado en escenarios comunes, casi intercambiables**

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA



Una cruz recuerda el lugar exacto donde asesinaron a Miguel Ángel. REPORTAJE FOTOGRAFICO IGNACIO PEREZ



El portal número 11 de la calle Iparraguirre está en Ermua, pero podría estar en Barakaldo o Rentería, en el barrio de Zaramaga de Vitoria o en el de Rekalde en Bilbao. El portal del que Miguel Ángel Blanco salió por última vez pasadas las tres de la tarde del 10 de julio de 1997 encajaría en cualquier barrio popular de cualquier municipio de la Euskadi urbana: zonas que en los años sesenta y setenta se llenaron de trabajadores venidos de otras partes de España. Esos trabajadores dieron carreras universitarias a sus hijos y hoy empujan los carritos de sus nietos en calles como esta de Ermua, que alberga una sucesión de garajes y lonjas con las persianas bajadas. El portal donde vivió la familia Blanco, al que vimos llegar al padre del joven concejal del PP, vestido con la ropa de trabajo y preguntando nervioso qué pasaba, ha sido re-

formado como cualquier otro en los últimos años: cambiando la madera y la penumbra por la luz y el acero inoxidable.

Lo siguiente que Miguel Ángel Blanco hizo aquella tarde por última vez fue coger el tren a Eibar y bajarse en la estación de Ardanza para ir caminando a su trabajo. Lo que fue un sencillo apeadero es hoy un edificio que como toda instalación pública vasca recuerda en términos de grandilocuencia y gelidez a un aeropuerto. La estación está en una de esas zonas por las que se pasa con prisa en dirección a otro lugar. Entre millones de trayectos anodinos, uno lo cambió todo cuando Miguel Ángel Blanco fue interceptado a la salida del apeadero por Irantzu Gallastegi, la etarra que lo introdujo a punta de pistola en un coche de color oscuro.

Resulta curioso: el drama de la víctima de ETA que nos resulta más singular y reconocible se de-

sencadenó en escenarios casi intercambiables, en una especie de reverso de la tarjeta postal vasca, donde nada es especial pero todo es común y significativo.

El portal de un barrio popular, una estación de Euskotren muy transitada. Por debajo, el subtexto mismo del país. De vuelta en Ermua, en el breve trayecto entre el número 11 de la calle Iparraguirre y la plaza Cardenal Orbe, junto al Ayuntamiento, donde desembocaron las manifestaciones por la liberación del concejal y se celebró la vigilia con velas la noche del 11 de julio, el exterior de un bar muestra uno de esos mosaicos de pegatinas en el que aún se distingue una desgastada por el tiempo que exige el retorno «a casa» de Ibon Muñoa, el concejal de Herri Batasuna en Eibar que fue condenado por informar al comando Donosti de la identidad y las costumbres de Miguel Ángel Blanco.

Recordando en el Casco Viejo de Ermua las escenas de hace veinticinco años, impresiona pensar cómo aquellas multitudes oscilantes entre la esperanza y la furia, rebosantes de una dignidad largamente postergada, pudieron agruparse en unas calles tan estrechas. El frontón también ha

## LAS CLAVES

### CORAZÓN DEL PUEBLO

**Impresiona pensar cómo aquellas multitudes, rebosantes de dignidad, pudieron agruparse en unas calles tan estrechas**

### EL MENSAJE DE TOTRIKA

**Donde entonces surgió un grito colectivo, hoy un murmullo promisorio de terrazas**

sido reformado y es un paréntesis entre edificios que parecen sobreponerse unos sobre otros. La zona es tranquila, peatonal, acoge el rumor de la vida cotidiana; antes que a los pensamientos graves, invita a sentarse en un bar a tomar algo. Nada haría pensar que estas calles acogieron la rebelión de un pueblo que contagió a todo el país.

Se necesita un esfuerzo de la imaginación para recordar la energía trágica que se desató cuando el 12 de julio el alcalde Totorika salió al balcón del Ayuntamiento para anunciárselo micrófono en mano a la multitud: «Nos han confirmado que Miguel Ángel ha sido asesinado». Donde entonces surgió un grito colectivo, hoy un murmullo promisorio de terrazas.

### Dos disparos

A cincuenta kilómetros de Ermua, en el barrio de Oztaran de Lasar-



Arriba, la plaza de Ermua, epicentro de las movilizaciones. Abajo, una vieja pegatina reclama la vuelta a casa del colaborador del crimen, Ibon Muñoa.



te, el lugar en el que 'Txapote' disparó dos veces sobre Miguel Ángel Blanco, mientras José Luis Gesta Mujika sujetaba al concejal, es una especie de no lugar perdido entre los árboles.

Un vecino que pasea por las afueras del pueblo señala de un modo inconcreto hacia la vaguada boscosa bajo el antiguo viaducto del tren y reconoce que a él también le gustaría conocer el sitio dónde pasó todo. Al fin y al cabo lleva cuarenta años viviendo en Lasarte. Durante un segundo, el recuerdo del crimen parece conmoverlo. Poco después, el hombre subraya la presencia de un famoso restaurante en las inmediaciones. Ese paso de la gravedad a la rutina se repite con la indiferencia de un giro dialectal. Al otro lado de la vaguada en dirección hacia Urnieta, la dueña de un caserío remite a una curva en una carretera en la zona del arroyo y se ofrece a mostrar el lu-

gar exacto donde apareció herido de muerte el concejal.

Se trata de un paréntesis frondoso, una zona de paso en un pequeño bosque de robles en el que se advierte un rumor de agua y un arrendajo avisa de la presencia de intrusos. Le responde al instante un alboroto de gorriónes. La mujer recuerda la cantidad de policías y periodistas que aparecieron de la nada hace veinticinco años. Y reproduce las conversaciones que mantiene con su nieta al pasar por aquí. «Hementxe hil zuten, hementxe, le digo». Aquí lo mataron, aquí. «Nik enekien, amona». Yo no sabía, abuela.

Hace veinticinco años la carretera era un camino de tierra por el que apenas cabía un coche. El propietario de un terreno cercano asfaltó la pista hace años. El hombre cuenta que es muy raro que llegue alguien preguntando por Miguel Ángel Blanco. Con una ex-

cepción: los guardias civiles de Intxaurreondo suelen mostrarles el lugar a los nuevos agentes que llegan destinados al cuartel.

#### Los pájaros

Una señal indica el lugar exacto del crimen. Su importancia es máxima y algo absurda: en reali-

#### LAS CLAVES

##### LOS LUGAREÑOS

**La dueña de un caserío se ofrece a mostrar el lugar exacto donde apareció herido de muerte el edil**

##### LUGAR DEL ASESINATO

**Los guardias civiles de Intxaurreondo suelen mostrárselo a los nuevos agentes que llegan destinados al cuartel**

dad, apenas se ve y no es fácil de encontrar. Se trata de una cruz grabada en uno de los árboles próximos a la curva de la carretera. Da la sensación de que la cruz estuvo en algún momento pintada de blanco. Para llegar hasta el árbol, hay que adentrarse diez o doce pasos en el bosque, lo suficiente para utilizar la pendiente como parapeto. Un sendero indica el camino e impone la reconstrucción mental. El coche aparcado en la curva. Dos disparos con silenciador sobre un joven de veintinueve años maniatado con un cable. El segundo en realidad sobre un joven maniatado, herido y arrodillado: el tiro de gracia de una ejecución.

Es difícil no pensarlo: «Ojalá escuchase los pájaros». Se oyen incluso dos ruiseñores, uno muy cerca y otro más lejos. El paisaje combina lo idílico y lo siniestro, pero es sobre todo vulgar, indistinguible de tantos otros en un

país propenso a la vegetación y los caminos secundarios. Impresiona pensar que allí sucedió. Y que no queda el menor rastro. Dan ganas de irse cuanto antes.

Al otro lado de la carretera, más subtexto: en la puerta de una caseta eléctrica hay una pegatina. Se ve en ella la fotografía de un coche de la Ertzaintza que es sacado de un río con una grúa. Es el coche patrulla en el que en diciembre de 2020 murió un agente tras precipitarse al Urumea.

A escasos quince metros del lugar en el que ETA asesinó a Miguel Ángel Blanco, mientras alborotan los gorriónes y el sol reverbera en las hojas de los robles, la pegatina informa de que «el mejor zipaio» no es ya el que está ardiendo, sino el que está «en el río». Los pájaros siguen cantando inmovibles. Se va uno pensando si dos disparos con silenciador alterarán un concierto semejante.



La tumba de Miguel Ángel Blanco en el cementerio de la aldea de Faramontaos, en Ourense, de donde es originaria la familia del edil asesinado. BRAIS LORENZO

## Peregrinaje a una tumba en Faramontaos

CEMENTERIO EN GALICIA

ÓSCAR B. DE OTÁLORA

Los restos de Miguel Ángel Blanco se encuentran desde hace cinco años en Faramontaos, una pequeña aldea de Ourense de la que es originaria la familia del joven asesinado por ETA. El traslado se produjo de una forma discreta, después de que los allegados acabasen hartos de que los radicales uniesen al crimen la ofensa y se dedicasen a atacar la tumba de Miguel Ángel,

mancharla con pintadas y destrozar las flores que colocaban allí quienes se negaban a olvidarle.

Blanco tuvo entonces un segundo entierro en Faramontaos, en un minúsculo cementerio situado junto a un bosque a la entrada del pueblo. Pese a la discreción, el apartado rincón se convirtió en una visita obligada para aquellos que recordaban el crimen y el horror que se produjo hace 25 años en el País Vasco.

La familia ha recogido en estos años todo tipo de recuerdos que han dejado en la tumba quienes peregrinaban hasta allí con Miguel Ángel Blanco en la memoria: dibujos de niños, banderas, cartas, cruces... y sobre todo muchas flores. El destino quiso también que los padres del edil de Ermua, Miguel y Chelo, fallecieran con apenas quince días de diferencia en marzo de 2020. Desde entonces los tres descansan en paz en Faramontaos.